

Santa Ana y San Joaquín



josep lligadas

Santos
y Santas

11

Josep Lligadas

Santa Ana y San Joaquín



Santos y Santas ● 11

Centre de Pastoral Litúrgica

SUMARIO

¡Ojalá rasgases el cielo!	3
Una familia de Israel	5
Joaquín, generoso y estéril	8
Ana, la madre.....	12
Una casa de Nazaret.....	15
Para rezar	19
El día de tu santo.....	21

Diseño: Cecili Túnica _____
Dibujos: Mercè Gallifa

Esta colección se puede adquirir también por suscripción.

1ª edición: mayo de 1997 _____
2ª edición: octubre de 2001
2ª impresión: mayo 2006

Edita: Centre de Pastoral Litúrgica
Rivadeneyra 6,7. 08002 Barcelona
ISBN: 978-84-7467-428-6 — ISSN: 1988-1657
D.L.: B-20.920-2006
Imp.: Impulso Global Solutions, S.L.

¡Ojalá rasgases el cielo!

Lo decía Jesús un día a sus discípulos: «Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen. Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron» (Mt 13,16-17).

Jesús, cuando decía eso, pensaba seguramente en los grandes personajes del Antiguo Testamento, hombres y mujeres que habían esperado aquel Reino que Jesús anunciaba y habían deseado ver cómo se abría paso la Buena Nueva del Dios presente en medio del camino de la humanidad. Pensaba seguramente en Abrahán y Sara, en Moisés, en David, en Isaías...

Pero seguramente pensaba también en gente menos conocida, menos relevante, más cercana. Gente como aquel Simeón y aquella Ana que cuenta el evangelio que habían tenido la suerte, ya al término de su vida, de tener en sus brazos, allí en el templo de Jerusalén, a aquel a quien el Espíritu Santo les había dado a conocer como el liberador de Israel, la luz de las naciones, el Salvador.

Entre esos menos relevantes y más cercanos, Jesús podía colocar con toda seguridad a sus abuelos. Ellos también habían sido personas que habían llevado muy adentro de su alma la fe en el Dios de Israel. Personas que querían vivir siendo fieles al camino que Dios había mostrado a su pueblo –el camino de la justicia, de la

generosidad, de la piedad, de la confianza– y al mismo tiempo mantenían encendida la lámpara de la espera de aquel momento en que todas las promesas se harían realidad, y la historia angustiada de aquel pueblo empezaría a ser una historia liberada, una historia de paz.

Los abuelos de Jesús formaban parte de aquel conjunto de hombres y mujeres que sentían cómo se les ensanchaba el corazón al oír las palabras de Isaías: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén, gritadle: que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios» (40,1-2; 52-9-10). Y que hacían suya la súplica del profeta: «Tú, Señor, eres nuestro padre. Vuélvete por amor a tus siervos. ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!» (63,16-19).

Una familia de Israel

¿Quiénes eran los abuelos de Jesús? El evangelio sólo menciona al padre de José, y le da dos nombres distintos, Jacob y Helí (Mt 1,16 y Lc 3,23). Pero esos nombres han quedado casi olvidados. En cambio, aunque en el evangelio no salgan, la tradición cristiana muy pronto (hacia el año 200, en un libro conocido como Protoevangelio de Santiago, que forma parte de los evangelios apócrifos, unos relatos que, imaginativamente, quieren «completar» los cuatro evangelios) dio nombre a los padres de María, y dichos nombres se hicieron muy pronto populares, y nosotros seguimos recordándolos.

Son Ana y Joaquín. Sobre ellos se acumulan las leyendas y tradiciones, pero la primera tradición, la más valiosa, es esta: que de ellos, una pareja de Nazaret, nació María, la madre de Jesús, la Madre de Dios.

Joaquín trabajaba quizá en el campo, como la mayoría de los hombres, o quizá tenía un oficio. Era el cabeza de familia, y ello significaba que era él el titular de todos los bienes familiares y era también quien tomaba las decisiones, de modo que todos, empezando por su mujer, tenían que obedecerle. Ana, como las demás mujeres, se encargaba de la casa y eso, en aquella época, significaba cosas tan importantes como tejer la ropa, moler y cocer el pan, ir a por agua a la fuente, mantener encendida la lámpara de aceite que iluminaba la casa... Es verdad que, en aquella época, las mujeres estaban a merced de sus maridos y eran consideradas en todo inferiores:

como un signo visible de ello, podemos recordar que en aquel tiempo las mujeres no se sentaban nunca a la mesa junto con los hombres, sino que se quedaban de pie, sirviéndoles. Pero también es verdad que los maridos necesitaban mucho a sus mujeres, y ello equilibraba un poco la situación.

Ese modo de entender las relaciones entre marido y mujer ya se ve que no es la más deseable. Pero, aun así, también en aquellas concretas circunstancias sociales, dichas relaciones se podían vivir o bien con amor o bien con ganas de aprovecharse del otro; se podían vivir con deseo de buscar la felicidad mutua o con deseo de procurar sólo el propio bienestar. A buen seguro, la relación de pareja entre Joaquín y Ana, si eran personas deseosas de seguir el camino de Dios, era una relación basada en el amor. Y si tuvieron la hija que tuvieron, podemos pensar que la relación entre ambos funcionaba bien, y en su casa se vivía un ambiente que ayudaba a adoptar buenas actitudes ante la vida.

Y ese ambiente familiar también sería el que se vivía en cuanto a la fe y la fidelidad al Dios de la Alianza. Ambos, Joaquín y Ana, eran creyentes convencidos, que llevaban esa fe y esa fidelidad muy adentro, y eso se notaba en su vida. Ambos. Porque las mujeres, en aquel tiempo, no estaban obligadas a seguir muchas de las normas religiosas: por ejemplo, no estaban obligadas a ir a la sinagoga, ni a decir las oraciones rituales que cada día todo buen israelita recitaba. Pero tampoco lo tenían prohibido: muchas de ellas conocían y vivían muy profundamente la fe de Israel y eran las primeras educadoras de sus hijos e hijas. Sabemos, ciertamente, que María era de esas mujeres. Y podemos pensar que su madre la había ayudado mucho a ser así: María ha-

bría visto que Ana no se limitaba a cumplir las pocas obligaciones que las mujeres tenían en el campo de la fe, sino que la vivía más allá de las obligaciones, como algo propio, profundo, personal, y que viviendo así encontraba alegría y sentido, y había querido ser como ella. Y habría visto también la fidelidad religiosa de su padre Joaquín, y cómo aprobaba el modo de hacer de su mujer Ana.

Joaquín y Ana. Sabemos muy pocas cosas de ellos. Con lo dicho hasta aquí podríamos ya terminar el relato de su vida, y guardar de ellos el recuerdo de un hombre y una mujer que –en su época, en sus circunstancias, en un momento histórico muy distinto del nuestro pero no más fácil ni más difícil– llevaron dentro del corazón la fuerza de la fe, el deseo de la bondad y de la fidelidad, la esperanza de un futuro marcado por el amor de Dios para con todos. Y que eso lo vivieron de tal modo que ayudaron a crecer a una hija capaz de ser signo y síntesis de todo lo mejor que la humanidad podría desear.

Nazaret, aquel pueblo irrelevante del interior de Galilea, daba ciertamente buenos frutos.

Joaquín, generoso y estéril

Con lo dicho hasta aquí, podríamos ya dar por terminado el relato de la vida de los padres de la Virgen María. Pero, más allá de la historia, a menudo la leyenda nos ayuda a descubrir mensajes importantes. Aunque lo que la leyenda cuenta sea fruto de la imaginación, el mensaje que transmite puede ser muy interesante.

Por eso transcribiremos lo que narra un famoso libro medieval de vidas de santos, que recoge y sintetiza todas las tradiciones que el autor conoce, muchas de ellas de origen muy antiguo, algunas procedentes ya de los evangelios apócrifos. El libro se titula *La leyenda dorada*, su autor es Santiago de la Vorágine y, en la fiesta del nacimiento de la Virgen María, cuenta lo siguiente:

«Joaquín, que era de Galilea, del pueblo de Nazaret, se casó con Ana, que era de Belén. Ambos era justos y, para cumplir rectamente la voluntad del Señor, hacían tres partes de lo que ganaban: una la daban para el templo y para los que estaban al servicio del mismo, otra para los peregrinos y los pobres, y la tercera la guardaban para ellos y su familia.

Durante veinte años de matrimonio no habían tenido hijos, e hicieron un voto al Señor de que si les daba un descendiente lo consagrarían a su servicio. Para obtener tal favor, todos los años iban a Jerusalén en las tres fiestas principales. El día de la fiesta de la Dedicación, Joaquín subió a Jerusalén con los de su tribu y se acercó con los demás al altar para presentar la ofrenda. Pero

el sacerdote, al verlo, lo rechazó con gran indignación diciéndole que no tenía derecho a acercarse al altar porque un hombre maldecido por la Ley no podía presentar ofrendas al Señor: un hombre estéril como él, que no había hecho crecer al pueblo de Dios, no podía andar con los que no estaban contaminados por esa mancha.

Entonces Joaquín, muy confuso, tuvo vergüenza de volver a casa, por miedo de que los de su tribu que habían oído las palabras del sacerdote le echasen en cara lo mismo. Se fue con sus pastores y, después de haber pasado un tiempo con ellos, un día que estaba solo se le apareció un ángel resplandeciente y le dijo:

–Yo soy un ángel enviado por el Señor para decirte que tus oraciones han sido escuchadas y que tus limosnas han subido a la presencia de Dios. He visto tu vergüenza, y he oído los reproches de esterilidad que te han hecho sin razón. Dios castiga el pecado, no lo que es fruto de la naturaleza. Y si él ha cerrado el seno de una mujer es para después hacerlo fecundo de un modo más maravilloso, y para dar a conocer que la criatura que nazca entonces no será fruto de la pasión sino un don de Dios. Sara, la primera madre de tu raza, ¿no tuvo que soportar el oprobio de la esterilidad hasta los noventa años? ¿Y no puso entonces en el mundo a Isaac, a quien habían sido prometidas todas las bendiciones?»

Y continúan las palabras del ángel recordando otros nacimientos inesperados y prometiendo, finalmente, el nacimiento de una hija, que será madre del Hijo de Dios.

Ciertamente, esta historia maravillosa está inspirada en relatos del Antiguo Testamento y también del Nuevo, y carece de valor histórico. Pero nos puede enseñar algunas cosas.

Aparte de las curiosidades (por ejemplo, tradiciones como que Joaquín era rico, con pastores a su servicio, o que Ana no era de Nazaret, sino de Belén), vale la pena fijarse en un par de afirmaciones que destacan aspectos importantes de su vida de hombre creyente.

La primera, muy clara, es su conciencia de que la riqueza tiene que ser distribuida. De todo cuanto tienen, de todo cuanto ganan, Joaquín y Ana sólo se quedan con una tercera parte. Las otras dos partes van hacia donde tienen que estar los intereses básicos de quien quiere ser fiel a Dios: por un lado, los pobres; por el otro, la vida religiosa. El mensaje es claro: Dios, para actuar, necesita que el hombre tenga un espíritu de justicia y generosidad, que esté convencido de que lo que uno tiene es para el bien de todos, y que eso lo demuestre con hechos. Es a partir de ahí que Dios puede realizar su obra salvadora.

La segunda es una invitación a no querer ver intervenciones sobrenaturales (positivas o negativas) en las cosas que pasan en la vida, y por tanto a no rechazar a nadie porque sufra alguna desgracia del tipo que sea, ni a quedar deslumbrado ante nadie porque haya obtenido éxitos del tipo que sea. Más bien al contrario, el ángel invita a recordar, una vez más, que Dios está más cerca de los que sufren situaciones desafortunadas que de aquellos a quienes todo les sale bien.



higlll

Ana, la madre

El origen del nombre de Joaquín no es claro: puede significar «el Señor prepara», «el Señor es fuerte», «el Señor fortalece». Con el de Ana, en cambio, queda más claro qué significa gracia, misericordia. Y es sintomático que se atribuyera tal nombre a la madre de María. Porque, efectivamente, las raíces humanas de Jesús son un don de gracia y de misericordia. La humanidad entera lo es, porque el mismo Dios ha nacido de ella.

Dicho nombre evoca también un recuerdo importante en las páginas de la Escritura. Otra Ana, la madre del profeta Samuel, es la protagonista de una historia llena de ternura, una historia que es signo del amor de Dios para con los débiles.

La podemos leer al inicio del primer libro de Samuel. Estamos hacia el año 1050 antes de Cristo, y en esa época en Israel la poligamia es algo normal. Ana es una de las dos mujeres de Elcaná, un israelita fiel y de buen corazón. Ana no tiene hijos, mientras que la otra mujer sí los tiene, y no cesa de humillar a Ana por su esterilidad, aunque Elcaná intenta consolarla manifestándole su amor y diciéndole que este amor es más importante que los hijos. Pero Ana no soporta la situación, y con el corazón atribulado se va al templo a rezar: tan angustiada está que el sacerdote se imagina que está borracha, hasta que Ana le cuenta lo que le pasa, y el sacerdote la comprende y le da ánimos. Y finalmente Dios escucha el dolor de Ana y le concede un hijo, Samuel.

Merece la pena leer la historia. A buen seguro, quienes escribieron el relato que hemos transcrito anteriormente de la esterilidad de Joaquín, se inspiraron en ella de algún modo. Y merece la pena leer el cántico con el que Ana celebra el nacimiento de Samuel, un cántico que entona al Señor que está a favor de los pobres, un cántico que resonará siglos más tarde en el cántico de María en casa de Isabel. Así suenan algunos fragmentos:

Mi corazón se regocija por el Señor,
mi poder se exalta por Dios,
mi boca se ríe de mis enemigos,
porque celebro tu salvación.
Se rompen los arcos de los valientes,
mientras los cobardes se ciñen de valor;
los hartos se contratan por el pan,
mientras los hambrientos se sacian;
la mujer estéril da a luz siete hijos,
mientras la madre de muchos queda baldía.
El Señor levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para hacer que se siente entre príncipes
y que herede un trono glorioso...

(1 S 2,1-10)

La gracia y la misericordia que Dios manifiesta en Ana, la madre de Samuel, la manifiesta todavía con más fuerza en Ana, la madre de María. Y su fecundidad será vista como un símbolo de esa fuerza con que Dios se hace presente en medio de la historia humana para transformarla, para crear el pueblo de sus hijos.

Eso es lo que podemos descubrir a través de una de las tradiciones más extendidas sobre santa Ana: la que la hace abuela, no sólo de Jesús, sino también de cinco de sus apóstoles. Ana viene a ser así como una especie de abuela de la Iglesia: una señal, como hemos dicho, de la fuerza de Dios que crea, que da vida a su pueblo.

Dicha tradición, muy viva en la edad media, narra que Ana estaba casada con Joaquín, y dio a luz a María, la madre de Jesús. Pero poco después del nacimiento de María Joaquín murió, y Ana se casó con un hombre llamado Cleofás, del que tuvo una segunda hija, que se llamó también María y que fue la madre de los «hermanos de Jesús» (los primos, según la interpretación habitual) que se mencionan en Mc 6,3 y Mt 13,55: Santiago, José, Judas y Simón, que la tradición identifica de este modo: el primero es Santiago el Menor (el apóstol), el segundo José Barsabá (candidato frustrado a sustituir a Judas Iscariote después de la ascensión de Jesús: Hch 1,23), y los dos últimos Judas Tadeo y Simón el Zelotes (también apóstoles, aunque tal identificación es menos unánime). Murió también Cleofás, y Ana se volvió a casar, esta vez con Salomé, con quien tuvo una tercera hija, llamada también María, que se casó con Zebedeo y fue la madre de los apóstoles Santiago el Mayor y Juan.

Toda esa genealogía está construida a base de combinar imaginativamente datos evangélicos, y ciertamente no tiene valor histórico. Pero invita a encontrar en santa Ana como un punto de referencia simbólico que une el origen humano de Jesús con el origen humano de sus discípulos. Ana es como la tierra fecunda, la humanidad fecunda de la que nace la comunidad de los creyentes. La comunidad de los creyentes, la comunidad de los hijos de Dios, con Jesús al frente, no proviene de ningún lugar misterioso fuera del mundo, sino que es un fruto, el mejor fruto, de este mundo que Dios ha amado hasta comprometerse totalmente con él. Es reconfortante mirar y celebrar así el recuerdo de santa Ana.